



SERMÓN 4

Solo un toque

HIMNO INICIAL

En Cristo hallo amigo – HA 366

SALUDO

Bienvenidos a un encuentro más de *Miércoles de poder*. Estas reuniones tienen como objetivo conducirnos a una experiencia real con Dios y despertarnos a áreas importantes de la vida espiritual. Que la Palabra de Dios hable una vez más a nuestro corazón. En cada reunión, estudiamos un milagro de Jesús. Estos nos animan a creer, amar y servir al Dios que continúa realizando milagros hoy, en el contexto del tiempo del fin. Esta noche reflexionaremos en el milagro realizado en la vida de la mujer con hemorragia.

INTRODUCCIÓN

Todos tenemos algún aspecto de nuestra salud que nos preocupa. Para algunos, es el funcionamiento hormonal. Para otros, son las enfermedades crónicas relacionadas al estilo de vida, por ejemplo, obesidad, enfermedades cardiovasculares, enfermedades respiratorias, hipertensión y cáncer. Las enfermedades crónicas son las responsables por más del 50% de las muertes en todo el mundo.

DESARROLLO

La Biblia presenta un milagro realizado en la vida de una mujer que sufría hacía doce años una enfermedad crónica. Esa historia está registrada en Mateo 9:20-22; Marcos 5:25-34 y Lucas 8:43-48. Para nuestro estudio buscaremos la narración de Marcos 5:25-34.

“Pero una mujer que desde hacía doce años padecía de flujo de sangre, y había sufrido mucho de muchos médicos, y gastado todo lo que tenía, y nada había aprovechado, antes le iba peor, cuando oyó hablar de Jesús, vino por detrás entre la multitud, y tocó su manto. Porque decía: ‘Si tocare tan solamente su manto, seré salva’. Y en seguida la fuente de su sangre se secó; y sintió en el cuerpo que estaba sana de aquel azote. Luego Jesús, conociendo en sí mismo el poder que había salido de él, volviéndose a la multitud, dijo: ‘¿Quién ha tocado mis vestidos?’ Sus discípulos le dijeron: ‘Ves que la multitud te aprieta, y dices: ¿Quién me ha tocado?’ Pero él miraba alrededor para ver quién había hecho esto. Entonces la mujer, temiendo y temblando, sabiendo lo que en ella había sido hecho, vino y se postró delante de él, y le dijo toda la verdad. Y él le dijo: ‘Hija, tu fe te ha hecho salva; ve en paz, y queda sana de tu azote’”.

La Biblia no registra el nombre de la mujer con hemorragia. Todo lo que se sabe es que probablemente vivía en Capernaum. Antes de encontrarse con Jesús, la pérdida excesiva de sangre ya la debilitaba físicamente. Además, el flujo de sangre también la hacía impura según la ley mosaica (Lev. 15:19). De esa forma, la mujer enfrentaba una serie de privaciones religiosas y sociales. Ella jamás podría ir al templo en Jerusalén. Todo lo que tocaba también se lo consideraba inmundo. Ante la ley levítica, la cama donde dormía, la silla donde se sentaba, las cosas que usaba y la ropa que vestía eran todas inmundas. Cualquiera que tocaba a la mujer con hemorragia era considerado inmundo. La Biblia también dice que esa mujer había buscado ayuda de todas formas y había gastado todo lo que tenía con los médicos de su época. Pero ningún tratamiento médico había resuelto su problema, y su salud empeoraba cada vez más (Mar. 5:25, 26).

Después de un período de enseñanza y curación, Jesús se dirigió a la fiesta en la casa de Leví Mateo. Avanzaba lentamente en medio de la multitud y se detuvo varias veces “para aliviar a algún doliente o consolar a algún corazón acongojado” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 310). El relato dice que Jesús se desvió del camino para atender el pedido de un padre desesperado. Su hija estaba al borde de la muerte. Al llegar a la casa de Jairo, Jesús resucitó a la niña de doce años que acababa de fallecer. Después de eso, retomó el camino a la casa de Leví Mateo, y la multitud continuó acompañándolo. La mujer con hemorragia intentaba acercarse a Jesús, pero no lo lograba. “Había empezado a desesperarse, cuando, mientras él se abría paso por en-

tre la multitud, llegó cerca de donde ella se encontraba” (*Conflicto y valor*, p. 298). La mujer pensó: “Si tocare solamente su manto, seré salva” (Mar. 5:28). Con mucho esfuerzo, ella logró tocar el manto de Jesús. La hemorragia se estancó, y ella sintió en el cuerpo que estaba sana de aquel mal. Ese toque de fe hizo la diferencia (Mar. 5:28 y 29). Definitivamente, quien sana y restaura es Jesús, en respuesta a la fe, y no por un tejido o cualquier objeto supuestamente místico o sagrado.

El momento más lindo y emocionante de la historia ocurrió después de la curación. La mujer se sintió completamente saludable y de manera anónima y discreta, comenzó a retirarse. Pero Jesús se detuvo, y la multitud se detuvo también. Él preguntó ¿Quién ha tocado mis vestidos? (Mar. 5:30). El Salvador distinguió el toque de fe del contacto casual. “Quería dirigir a la humilde mujer palabras de consuelo que fuesen para ella un manantial de gozo; palabras que fuesen una bendición para sus discípulos hasta el fin del tiempo” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 312). La mujer se presentó (v. 33). Y en el versículo 34, Jesús le dijo: “Hija, tu fe te ha hecho salva; ve en paz, y queda sana de tu azote”. Jesús dejó claro que “no era mediante el contacto exterior con él, sino por medio de la fe que se aferraba a su poder divino, cómo se había realizado la curación” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 312).

Cada milagro realizado por Cristo resultaba en transformaciones en la vida cotidiana de quien recibía el milagro, y quedaban marcas profundas en todos los que lo presenciaban. Aún hoy, los milagros de Cristo continúan desafiando las creencias personales y la disposición emocional y espiritual en buscar en él lo que no se puede encontrar en ningún otro ser. La fe práctica demostrada por la mujer sanada de la hemorragia es totalmente opuesta a los conceptos de fe, ampliamente divulgados hoy en día: la fe como una moneda de intercambio de favores con Dios; la fe casual, que marca presencia en algunas reuniones religiosas, sin compromiso ni práctica de las enseñanzas de Cristo; la fe como conocimiento teórico sobre Dios; la fe como amuleto para apartar lo que queremos mantener lejos.

Sin embargo, “El hablar de religión de una manera casual, el orar sin hambre del alma ni fe viviente, no vale nada. Una fe nominal en Cristo, que le acepta simplemente como Salvador del mundo, no puede traer sanidad al alma. La fe salvadora no es un mero asentimiento intelectual a la verdad. El que aguarda hasta tener un conocimiento completo antes

de querer ejercer fe, no puede recibir bendición de Dios. No es suficiente creer acerca de Cristo; debemos creer en él. La única fe que nos beneficiará es la que le acepta a él como Salvador personal; que nos pone en posesión de sus méritos. Muchos estiman que la fe es una opinión. La fe salvadora es una transacción por la cual los que reciben a Cristo se unen con Dios mediante un pacto. La fe genuina es vida. Una fe viva significa un aumento de vigor, una confianza implícita por la cual el alma llega a ser una potencia vencedora” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 312).

Es importante observar, también, el valor del reconocimiento y la gratitud por las bendiciones recibidas. “Después de sanar a la mujer, Jesús deseó que ella reconociese la bendición recibida. Los dones del Evangelio no se obtienen a hurtadillas ni se disfrutan en secreto. Así también el Señor nos invita a confesar su bondad” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 313).

“Vosotros, pues, sois mis testigos, dice Jehová, que yo soy Dios” (Isa. 43:12). El reconocimiento y la gratitud, además de reforzar la fe, proporcionan salud mental porque mejoran el humor, cambian la manera de ver la situación, combaten emociones tóxicas y mejoran las relaciones.

LLAMADO

El milagro estudiado hoy nos anima a buscar al Señor para aliviar las enfermedades crónicas, así como sucedió con la mujer con hemorragia. Al ser sanados, restaurados, perdonados, no debemos quedarnos en silencio, sino contarles a las personas lo que Dios hizo por nosotros y exhortarlas a creer y a buscar a Dios en sus dificultades. Ser agradecidos al Señor por todo lo que él nos da es un ejercicio diario para mantener la fe, la mente y el cuerpo saludables. En nuestra oración, pidamos que el Señor nos ayude a continuar con fe.

HIMNO FINAL

Dulce oración – HA 376

ORACIÓN FINAL

¡Conozca más! Lea Mateo 9:18-26; Lucas 8:40-56 y la obra de Elena de White: *El Deseado de todas las gentes*, p. 310. Capítulo 36: El toque de la fe.
